

Cubismo

Los bomberos cavan al compás, como un ballet de desenterradores; me salpican tierra en los zapatos, los veo reír y hacer bromas entre ellos, no les importa para nada lo que están por descubrir. El aire comienza a heder de forma extraña y natural. El forense me mira ansioso, parece querer hablarme, y yo espero que no lo haga. Intenta acercarse y yo me alejo. Estoy cansado de la gente rara.

El pozo crece, el sol me mira a la cara y yo lo miro a él, quiero que me ciegue. De pronto, se hace un silencio general, tenso, expectante. Una de las palas acaba de dar con algo. El poder de todas esas mentes golpea mi cabeza con una única pregunta; todos desean saber lo que pienso. Sí, palabra por palabra. Pero ni yo lo sé, por eso miro el sol esperando quedar ciego para apagar mis propios pensamientos; ahora lo tapa el helicóptero, y yo quedo bajo su panza de metal. Agacho la cabeza, aunque sigo rehusándome a mirar lo que hay en el fondo del pozo. El forense me toma de la mano. Me da asco pero me saca una risa nerviosa.

Un fémur. Eso es lo primero que se ve. No quiero seguir mirando, todavía tengo esperanzas de despertarme de algún sueño. Entonces, algo zumba. (Estoy perdido. Una mosca).

El murmullo vuelve. Los flashes, a mi cara. Todos gritan lo que antes solo se permitían pensar:

- ¿Qué dice sobre eso?
- ¿Qué piensa de este descubrimiento?
- ¿Qué va a hacer ahora?
- ¿Puede reconocer los restos?
- ¿Cómo se siente?

Como el 26 de septiembre de 1973, el día en que nací: no siento nada. Pero no lo digo.

Suena mi teléfono. Elmer llama para decirme que voltee a mi izquierda, para que mire a una cámara y lo salude. Siempre fue inoportuno, inepto e inaduro.

Elmer nació en algún lugar recóndito del Chaco paraguayo, junto a un puerto clandestino; tiene diez años más que yo, pero la inteligencia de un niño de cinco. Sus padres trabajaban para mis abuelos en la estancia familiar, y eran muy pobres; peor, eran ignorantes. Nadie en su familia sabía leer ni escribir, él lo aprendió con el paso de los años, gracias a mí. Su vida comenzó a cambiar cuando se mudó conmigo a la ciudad, al cumplir veintiún años. Imagino que todo ese contexto de ignorancia e incomunicación fue lo que llevó a sus padres a inscribirlo en el Registro Civil con el nombre de Elmejor Aquino Cañete. Aseguraban que ese era un buen nombre. Personalmente, pienso que es emocionante la idea de que los padres le tengan tanta fe a un hijo, pero no creo que llamarlo así resulte bueno para nadie, a la larga. Él no pensaba de esa manera, se vanagloriaba de ser el único de sus once hermanos que tenía un certificado de nacimiento, el nombre con el que había sido inscripto le resultaba irrelevante. No obstante, años después, yo le hice el favor de llamarlo Elmer, un apelativo que considero distinguido y cálido.

Apagué mi teléfono, y antes de mirar adentro del pozo, pensé.

Pensé en cómo pudo haber sido la vida de Elmer si nunca lo hubiese traído conmigo. Quizás tendría no menos de seis hijos, todos con nombres ridículos. Vendría a verme una vez al mes para pedirme dinero y después se iría de juerga. Mandaría a sus hijas a trabajar de empleadas domésticas a la ciudad. Una de ellas trabajaría para mí, yo la embarazaría y la mandaría de vuelta a su casa; Elmer aprovecharía para exigirme dinero, yo le enviaría algo para mantenerlos lejos; pero él no le entregaría nada a ella, y entonces yo tendría a la mujer siempre alrededor, pidiéndome plata. Con todo este lío, se habrían olvidado de la menor de las hijas, quien habría ido, quizás, a trabajar a Hernandarias. Sin que nadie lo supiera, estaría encerrada en un prostíbulo donde

la obligarían a tener sexo sádico y puerco por nada de dinero, sin ninguna opción, apartada del mundo, despojada hasta de su última prenda de dignidad. La golpearían mortalmente y un día su cuerpo simplemente amanecería flotando a orillas de un arroyo, hinchado y morado. La policía no haría nada al respecto, porque los burdeles no deben clausurarse. Prestan los juguetes para que les dejen seguir jugando. Aunque el cadáver fuera hallado por la prensa, no serviría de nada; igual Elmer no asociaría la descripción con aquella hija porque nunca habría de leer los diarios —de no ser por mí seguiría analfabeto—, ni tampoco tendría televisión. Aunque, pensándolo mejor, sí la tendría; la gente como él tiene televisión antes que letrina. Pero no vería los noticieros, ni escucharía amplitud modulada; así que nunca podría siquiera imaginar el fatal destino de su hija menor. Yo sí me enteraría del suceso a través de los diarios, y sin figurarme de quién se trata aquella nota, diría: «Qué triste...», y le daría vuelta a la hoja. Nadie iría a reclamar el cuerpo a la morgue judicial, y un grupo de estudiantes de medicina lo adquiriría en una macabra subasta a cambio de cien o cincuenta mil guaraníes, o alguna droga de moda. Y sus otros hijos de seguro solo vivirían para drogarse junto a los semáforos. Hasta imagino el momento en que el pobre diablo de Elmer terminaría sus días: una tarde, aún joven, mientras ve un partido de fútbol, Argentina versus Paraguay quizás, se pelea con un amigo nacido en Clorinda solo porque el equipo albiceleste mete un gol. Uno saca un machete, el otro un revólver, y Elmejor Aquino Cañete muere de dos tiros en la cabeza.

Elmer es un tipo con mucha suerte. Pienso y sonrío. Me olvido de todo lo demás al reconocer cómo le cambié el destino a este hombre. Elmer ahora se mueve en un Mercedes rojo con los vidrios bien transparentes para que todos lo vean, vive con dos putas rubias, tiene un televisor de cincuenta pulgadas y hasta sabe revisar sus emails desde el teléfono celular ultradelgado. Ya está aprendiendo a tener iniciativa, anteayer él solo logró encontrar las obras perdidas de Saturio Ríos y ni siquiera me preguntó

cómo hacer para adquirirlas ni a quién vendérselas, y hoy ya me llegaron por encomienda tres paquetes con cuadros —todavía no pude verlos bien, solo me fijé en uno que ilustra ciertas escenas de la Triple Alianza que los libros nunca nos contaron.

Elmer una vez tuvo un accidente y una chica se embarazó. Nunca volvimos a saber de ella, ni si llegó a existir o no ese hijo. Cantinflas se encargó de ellos.

Le decíamos *Cantinflas* porque se llamaba Mario Moreno. Pero no tenía nada de cómico, ni tampoco era amistoso. Era un sicario de barrio, de los peores que hay, por seis latas de cerveza te traía la cabeza de quien quisieras, y por algo de dinero extra se la enviaba a alguien más. No creo que le haya hecho eso a la mujer de Elmer. En los años que pasó conmigo aprendió a trabajar con más delicadeza y categoría.

El problema con Cantinflas es que todavía no encuentro su cuerpo. Hace dos meses que vengo recibiendo, cada semana, una foto de su cadáver, las fotos muestran progresivamente su descomposición. Como fue uno de mis chicos, me gustaría ir a bajarlo de la cruz en la que lo han clavado, y darle un entierro digno de cualquier ser humano. Las fotos no revelan con claridad el lugar donde está, se hace difícil descifrarlo, y el grupo de personas que le hizo eso no suele ser nada agradable conmigo; por eso no los llamo para solicitarles especificaciones más exactas del paradero de mi difunto amigo. Elmer opina que ese lugar está en el cerro Lambaré, a mí me parece que podría ser cualquier parte, también podría ser Iquique o Bariloche. No voy a gastar combustible buscando el lugar. Algún día saldrá en la prensa, y entonces iré a recogerlo. O le diré a Jeremy que vaya por él.

Lo difícil, en ese caso, será que Jeremy venga de Luxemburgo solo para retirar un cuerpo de la morgue. A Jimmy no le gustaría la idea, no en vano renunció el año pasado. Me alegra que después de diez años la gorda Penélope por fin lo haya correspondido. Se casaron y ella le pidió alejarse de todo, empezar una vida nueva en otro continente. A mí, además de gorda, me parece

cursi. Si no fuera por nosotros Jeremy jamás hubiera podido pagarle la fiesta de bodas y el anillo de diamantes. Sin embargo, en el fondo sé que si lo llamo y le digo que lo necesito para un trabajo no dudará en venir; lo que sea por agradarme, Jimmy no es malagradecido. Después de todo, si no fuera por mí, él aún sería un guardia de seguridad en el aeropuerto Silvio Pettirosi. Jamás habría podido conquistar a Penélope sin dinero, y tampoco habría podido comprarse el piano. Y Jimmy no toca el piano, pero le gusta verlo. Siempre soñó con hacer el amor sobre uno. Tuvo esa oportunidad muchas veces, pero nunca fue amor, asegura él. Porque ninguna de esas veces fue con Penélope. Me gustaría haberlo visto en su luna de miel, me hubiera encantado ver cómo fue. Yo solo me enteré el día siguiente, cuando Elmer me contó que había encontrado el piano aplastado en el salón. Sí, Elmer y Jeremy vivían juntos. Una semana después de la boda, los recién casados emprendieron viaje.

Qué habría sido de Jimmy si no nos hubiéramos conocido. Tal vez habría renunciado a su trabajo en el aeropuerto hace diez años, para buscar nuevos horizontes y toda esa basura; pero él solo no habría llegado a más. Estaría trabajando con un carrito, al lado del parque Ñu Guasú, vendiendo panchos. «Al menos soy mi propio jefe», diría, tratando de disimular su fracaso. Estaría soltero y habría de terminar sus días de esa forma. Es tan flaco y débil, que por un resfriado un día acabaría muerto sobre sus salchichas, o por alguna desgracia —me lo imagino como si sucediera ahora mismo—: el gas con el que enciende las hornallas le estalla en las narices cuando intenta escuchar un ruido extraño, como de alguien en plena digestión, que proviene del interior de la garrafa. No sé cómo, pero lo seguro es que se habría muerto joven. Jimmy no nació para ser pobre o fracasado.

En cuanto a Pibe, lo último que supe de él fue que mandó a juicio a un sacerdote que había abusado de él desde los ocho hasta los diez años. Antes yo creía en su historia, ahora me parece que solo se la ha inventado para chantajear a la Iglesia y así ganar

dinero (no sé de qué manera, solo sé que todo lo que emprende termina siendo un embuste para conseguir dinero, y que siempre acaba malogrado). Pibe, mi némesis, es una mala imitación de mi persona, nunca logrará ser como yo. A veces me pregunto si eso es bueno o malo. Los muchachos y yo lo echamos de la banda después del incidente Chilavert. Nunca dejaré de sentir rencor por aquel hecho. Nos traicionó a todos. Pero no quiero hablar de eso ahora.

A pesar de que soy un amante de la crueldad y la vileza, y de que aprecio todo acto maquiavélico, la traición de Pibe nunca acabará de parecerme imperdonable. Pero también es cierto que él es el único que, aun si no me hubiera conocido, habría tenido el mismo destino.

Pibe nunca dejó de envidiarme. Él quiso reclutar a Cantinflas para su grupo. Y ese fue el final del mío. Con la partida de Jeremy nos debimos haber separado, ya no necesitaba nada más; sin embargo me tenté: las ganas de vencer a Pibe, que venía pisándome los talones. Juan José García Verón, ese era su verdadero nombre. Nadie lo llamaba así, solo yo, cuando quería sentirme superior.

Con *vencer*, me refiero a que quería hacer algo que él nunca hubiese podido imitar o superar. Y por fin sucedió, tres meses atrás.

Éramos solo Elmer, Cantinflas y yo. No debí proseguir sin Jimmy, y no es que Jimmy fuera indispensable —nadie es indispensable— sino que su ausencia era una señal, una clara señal para detenerme. Hacía un par de años que veníamos arrastrando sospechas sobre Mario, nos parecía que jugaba para ambos equipos. Para Dios y el diablo. Y yo soy el diablo. Todo el tiempo sospechábamos de él; pero, como no teníamos pruebas, seguíamos trabajando en equipo. Y luego, con la partida de uno de mis chicos, debí darme cuenta de que era momento de jubilarme.

Recibí un mensaje del presidente de la República, quería hablar conmigo para devolverme un favor. Hacía años que esperaba

esa llamada. Pibe pincha todos mis teléfonos. Por eso, cuando algún amigo tan íntimo como el presidente necesita hablar conmigo, debe buscar formas inusuales para hacerlo. Por eso él llama a una mujer que vive a dos cuadras de Mburuvicha Róga, y le dice un número del uno al cuatro. La mujer le dice ese número a su hijo, y cuando él va camino a la escuela se detiene en una farmacia, y le dice a la mujer que lo atiende que su mamá quiere una, dos, tres o cuatro aspirinas, dependiendo del número que su madre le haya dicho. Cuando la farmacéutica recibe esa orden, llama a cualquiera de mis teléfonos y me dice, por ejemplo:

—Le estoy enviando *una* aspirina.

Solo el presidente y yo conocíamos las claves. Había cuatro cabinas telefónicas posibles a las que él podía llamar, las habíamos escogido en una reunión hace mucho tiempo, a cada dirección le habíamos asignado un número. Solo nosotros sabíamos los números que correspondían a cada una. Los horarios siempre debían ser los mismos, y secretos. En la cabina Uno, debía estar a las 14 horas. Si la cita era en la Dos, debía llegar a las 16; en la Tres, a las 18; y en la Cuatro, obviamente, a las 20.

La farmacéutica me enviaba dos aspirinas. Fui a la cabina que quedaba en Trinidad. Hice un par de llamadas antes, solo para despistar. Llamé a Martina y a Lorena. Les dije que tenía ganas de verlas. Las dos eran modelos, principiantes, yo las metí a ese mundo luego de examinar sus cuerpos. Me debían varios favores, ellas solas no hubieran llegado hasta ahí. A mí no me gustaban, pero a veces me sentía muy solo, y a Soledad no le interesaba hacerme esa clase de compañía. A ella, hace mucho que no la veía, y sin embargo, o por eso mismo, soñaba todas las noches que nos encontrábamos junto al lago Ypacaraí.

A las dos en punto de la tarde, le corto el teléfono a Martina; apenas cuelgo, vuelve a sonar. El presidente me habla.

—Los datos los está recibiendo Elmer en este momento —me dice, y corta.

En ese instante, dos agentes de tránsito detienen el Mercedes de Elmer, le piden sus documentos, le dicen que no están en orden. El oficial le hace una multa. Elmer guarda la boleta en la guantera. Dos cuadras más tarde un Volkswagen Gol blanco, sin matrícula, lo choca por detrás. Elmer, histérico, baja gritando y agitando las manos. Les dice varias groserías en guaraní. Del auto bajan dos hombres armados, lo apuntan directo al cuerpo y le piden la billetera. Sorprendido, Elmer le entrega todo lo que lleva; mientras uno lo mantiene reducido con el arma, el otro sube al Mercedes y se lo lleva. El asaltante que queda lo golpea con la culata de la pistola y sube rápidamente a su auto. Elmer logra levantarse, extrae un arma de su campera y dispara contra el Gol que se aleja, pero no le acierta ninguna bala.

Elmer no contestaba su teléfono. Tenía urgencia en hablar con él, avisarle que de alguna forma le llegaría un mensaje muy importante. Fui a su casa, y él no llegaba.

—*¡Nderakóre!* ¿Podés creer que me robaron el auto, y después lo dejaron a veinte cuadras de ahí?

Elmer acababa de llegar y venía cansado. Yo lo miraba con rabia, aquel asalto era exactamente lo que presumía que sucedería. Le pregunté si antes de eso logró esconder bien los datos.

—¿Qué datos?

Pibe fue más astuto. Seguramente lo planeó hace años, sin que yo lo viese venir, él también esperaba aquella llamada del presidente, no dejó de vigilarme ni un solo día. ¿Pero cómo pudo haber sabido el truco de las aspirinas? ¿Cómo supo desde qué cabina hablaría yo? Aquello olía a Cantinflas. Tal vez él estuvo relacionado con estos hechos, tal vez no. No puedo dejar de pensar en la sutileza con la que Pibe manejó el asunto, tanto tiempo expectante. Para esperar la llamada. Para estar preparados a interceptar al niño, seguirlo a la farmacia, escuchar su pedido. Para avisar a los cuatro hombres parados, cada uno, frente a una de las posibles cabinas. Dos aspirinas, se avisaron por radio. El hombre en Trinidad intervino todos los teléfonos del locutorio al que yo

me dirigía. Me escucharon hablar con Lorena, luego con Martina. Mientras dos autos Gol seguían, uno a Elmer, quien acababa de dejar a una de sus novias de vuelta en el colegio, y el otro a Cantinflas, quien almorzaba en algún bar del centro.

—Los datos los está recibiendo Elmer en este momento —se me dijo.

Apenas lo escuchan, los que siguen a Elmer miran el auto, él va manejando solo. No entienden cómo recibirá la información. Una mosca se posa sobre el vidrio de la cabina en la que me encuentro. Inmediatamente llamo a Elmer. Dos agentes de tránsito detienen un Mercedes rojo en una calle paralela a la avenida Mariscal López.

—La boleta de infracción... —murmura uno de los que van en el Gol, su compañero sigue la acción con la mirada y asiente.

Cuando los zorros se alejan en su moto, ellos aceleran, chocan contra el vehículo rojo y asaltan al hombre incauto. El teléfono de Elmer suena. Pero él no puede atender porque está entregando sus cosas. Los maleantes solo quieren el auto. El ladrón que se lo lleva busca la multa con una mano mientras que con la otra conduce. Veinte cuadras más tarde la encuentra. Abandona el carro, y su socio con el Gol blanco lo recoge.

Todos los datos. Breves. Concretos. Contraseñas y hasta nombres de personas a implicar. Todo resumido en una multa de tránsito. Solo me enteré del valor de la información contenida en aquella boleta un mes después: once millones de dólares. Pudo haber sido mi paga por toda una vida de negocios bizarros. Sin embargo me tuve mucha fe, y subestimé a Pibe. Siempre quise ser malo, él resultó ser peor.

Cuando Elmer me preguntó:

—¿Qué datos?

Supé que me quedaban quince minutos antes de que el Gol llegara a destino. Seguro se reunirían en una de las casas de Pibe, en Ñemby, Luque o Lambaré. Tenía un minuto para llamar a uno de mis amigos policías, avisarle del Gol blanco. En el siguiente

minuto todos los agentes estarían recibiendo el mensaje. Como se trata de mi persona, tardarían nada más que seis minutos en localizar todos los autos con las características que informé. Un minuto más para avisarme que hallaron, quizás, cuatro posibles vehículos. De los cuatro hallazgos, eliminaríamos las opciones más obvias, como por ejemplo los que no se encontraban cerca de las ciudades en las que Pibe reúne a su gente. En cinco minutos revisaríamos los restantes, a leguas se puede distinguir un vehículo o a uno de la gavilla de Pibe. Elmer los reconocería inmediatamente. En un minuto los torturaríamos con facilidad, sin siquiera bajarlos del auto, a través de las ventanillas, y nos entregarían la boleta. Exactamente para el momento en que, por la radio del Gol, se oyera la voz de Pibe que diría:

—¡Por qué no llegan todavía!

Y entonces yo contestaría:

—Porque están conmigo.

Pero no tenía ganas de esos quince minutos de adrenalina y estrés. Tenía una peor venganza, diez veces peor de lo que él me hizo años atrás, ese desastre al que llamo «el incidente Chilavert». Así que dejé que todo pasara.